

ESTUDIO INTRODUCTORIO

La vida es, para ti, una fruta con todo su frescor natural, sin que nadie se haya preocupado en limpiarla para que te la comas (Charles Dickens)¹.

Infancia, adolescencia, juventud: la literatura como tentación

Rafael Altamira y Crevea nació en Alicante el 10 de febrero de 1866, en el seno de una familia sobria e ilustrada de la clase media: su padre era músico mayor del ejército, y sobresalía entre sus compañeros «por ser, más que un profesional, un artista»². En esa ciudad inicia el pequeño Altamira sus primeras letras hasta que, concluido el bachillerato –en julio del 81–, se desplaza a Valencia para proseguir su formación en la universidad de dicha capital. Casi niño aún, su fervor por

1. Charles Dickens, *The mystery of Edwin Drood*, Riberside Press, Cambridge, 1871, cap. II, p. 15. Observará el lector que en *El realismo y la literatura contemporánea* algunos de los más importantes *topoi* aparecen y reaparecen en diversas páginas –en ocasiones desde muy dispares ángulos analíticos–: algo semejante a un suave oleaje de conceptos y desarrollos textuales. La clave, sin duda, de un ambicioso estudio en el que la disposición ensayística –libre, ágil– convive con un quehacer académico a todas luces riguroso. De manera acaso inconsciente nuestra introducción ha remedado ese ir y venir conceptual, según se indicará oportunamente en el propio texto o en alguna nota a pie de página.

2. Santiago Valenti Camp, *Ideólogos, teorizantes y videntes*, Minerva, Barcelona, 1922, p. 407.

la literatura era tan intenso que en 1878 se puso a redactar (a la manera del *Juan Ruiz* de un también adolescente Leopoldo Alas) un periódico autógrafo, *La Ilustración Alicantina. Revista de Ciencias, Arte, Historia, Literatura*, que llegaría a alcanzar los tres años de existencia. En esta revistilla, de dieciséis páginas rayadas y tamaño folio, reposan los textos más antiguos de nuestro futuro catedrático, jurista, historiador y literato. Un conjunto de escritos fruto asimismo del entorno familiar, hondamente cultural, que nuestro autor gozó en los primeros tiempos de su vida dado que

Su infancia está dividida entre juegos y lecturas. Una situación desahogada, un ambiente liberal y una amplia biblioteca [paterna] se complementan con el aprendizaje de idiomas y de música³.

Apenas un lustro más tarde, el 16 de mayo de 1885, el todavía estudiante de Derecho empezará a escribir para *La Ilustración Ibérica*, sin haber pues cumplido todavía los veinte años de edad: su firma aparece en la primera entrega del relato «El tío Agustín». Ello fue posible gracias a la mediación del escritor valenciano José Sanmartín, buen amigo suyo muy cercano además a Alfredo Opisso, creador y director de la revista, propenso siempre a respaldar los afanes de la gente joven por darse a conocer en la prensa de aquellos días⁴. De acuerdo con *La Vanguardia*, y en artículo consagrado a la memoria de este periodista,

se le debe [a Opisso] una eficaz acción cultural desarrollada durante años en la *Ilustración Ibérica*, que dirigía. Fue él [...] quien desde esa revista dio a conocer [...] en España a los pintores prerrafaelistas ingleses. Y no había novedad literaria o artística en el extranjero que no la recogiera en aquellas páginas.

Allí hicieron sus primeras armas literarias muchos [...] jóvenes [...] que hoy, merced a ser alentados por don Alfredo Opisso, gozan de alta consideración en el mundo de las letras⁵.

3. Rafael Asín Vergara, ed., «Estudio preliminar», en Rafael Altamira, *Historia de la civilización española*, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Fundación Altamira y Editorial Crítica, Barcelona, 1988, p. 9.

4. Véase, a ese respecto, Vicente Ramos, *Rafael Altamira*, Alfaguara, Madrid-Barcelona, 1969, p. 26.

5. Sin Firma, «Don Alfredo Opisso», *La Vanguardia*, n.º 18.834, 2 de julio de 1924, p. 6.

En 1886 –y concluida la carrera de leyes– nuestro flamante colaborador de *La Ilustración Ibérica* se traslada a la Universidad Central de Madrid para cursar el doctorado bajo la tutela de Francisco Giner de los Ríos, quien le introducirá a su vez en la Institución Libre de Enseñanza, nombrándole de paso auxiliar de su cátedra de Filosofía del Derecho. Una tutela, un magisterio henchidos de calor humano, hondura espiritual y sobriedad ética que representan para Altamira la experiencia más decisiva de su vida: se definirá a sí mismo en marzo de 1915, tras la muerte de don Francisco, como «un hombre que amaba al maestro y cree haber sido fiel a lo sustancial de su doctrina»⁶. Un «educador», un «maestro» –agrega– «en el más elevado sentido de la palabra» y, ello, «por condiciones naturales de su espíritu, por grandeza y dulzura de corazón, siempre dispuesto a confiar en los resortes morales de la persona»⁷.

Ese trato con Francisco Giner y otras figuras no menos ilustres de la Institución Libre de Enseñanza –Salmerón, Azcárate, Cossío– irá depurando la ideología de nuestro joven Altamira. A saber, un *krauso-institucionismo* cercano, igualmente, a las lecciones más austeras del positivismo y que –en el terreno político– cristaliza en un republicanismo posibilista y laico, pero respetuoso con la espiritualidad del ser humano, en línea con la nombrada por Adolfo Posada «tercera generación krausista»⁸. Revelará, a este propósito, Altamira en un artículo del año 1898 que el *modernismo católico* (tan dispar a las rigideces eclesiásticas) creció en España al calor del «sentido ético

6. Rafael Altamira, «Prólogo», *Giner de los Ríos, educador*, Prometeo, Valencia, 1915, sin paginar. En otro libro calificará nuestro autor a Giner como «uno de los mayores padres intelectuales y morales de las generaciones modernas en lo que estas tienen de más elevado y de más puro» («XV. Políticos españoles. Azcárate», *Ideario político*, Prometeo, Valencia, 1921, p. 108). Siguiendo a R. Asín Vergara, «en sus más profundas convicciones, que perduran hasta el final de su vida, son moldeadas poco a poco por Giner» quien «traza para Altamira un proyecto de futuro que este seguirá en líneas generales» («Estudio preliminar», en R. Altamira, *Historia de la civilización española*, p. 9).

7. *Ibid.*, p. 71.

8. Adolfo Posada, *Breve historia del krausismo español*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1981, pp. 31-32.

del krausismo» y, por ello, le seducía más «la moral» y «la educación del carácter» anejos a tal «renacimiento religioso», que sus derivaciones metafísicas⁹.

Un espiritualismo en absoluto abstracto, pues –y sí abierto a la educación ética del individuo en cuanto ciudadano–, que se intensificará aún más cuando en 1897 gane la cátedra de Historia del Derecho Español en la Universidad de Oviedo y se integre en el prestigioso grupo de profesores constituido por Leopoldo Alas, Adolfo Buylla, Félix de Aramburu, Fermín Canella, Aniceto Sela y Adolfo Posada. Baste recordar que este centro era un vivero de riquísimas experiencias (sin parangón en las otras universidades españolas) en los campos de la reforma pedagógica, el pensamiento jurídico, las inquietudes político-sociales y la apertura a los nuevos ideales que soplaban por toda la Europa occidental. Fue, a buen seguro, «el momento de oro» de la universidad ovetense, y que «culminaría, en 1908, con los fastos de su Centenario»¹⁰. Una *edad de oro* respaldada desde la lejanía física –que no moral– por don Francisco Giner, «nuestro genio inspirador, el consejero paternal y hasta el crítico de fina ironía» –en cita una vez más de Adolfo Posada¹¹. Como refiriera Altamira a Unamuno, hablando acerca de esa institución y ese núcleo de profesores tan bien trabados, con la mira puesta en hacer una *obra intelectual* (en último término civil) provechosa para el resurgir de Asturias y España,

Esta Universidad tiene para mí atractivos que quizá ninguna otra me ofrezca. Se trabaja en ella mucho, cada día más, procurando todos llenar con la buena intención, el esfuerzo continuado y la variedad de las iniciativas, las deficiencias de nuestras cualidades

9. Rafael Altamira, «Sobre el espíritu actual de la juventud», en M.^a de los Ángeles Ayala *et al.*, eds., *La labor periodística de Rafael Altamira*, vol. I, Universidad de Alicante, Alicante, 2008, p. 176. (Artículo impreso en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, n.^o 454, 31 de enero de 1898, pp. 1-6).

10. Juan Velarde Fuertes, «Consideraciones sobre la historia de la Universidad de Oviedo», en Jorge Uría *et al.* eds., *Historia de la Universidad de Oviedo*, vol. I, Universidad de Oviedo, Oviedo, 2008, p. 16.

11. Adolfo Posada, *Fragmentos de mis memorias*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1983, p. 220.

personales siempre inferiores a los deseos y a la magnitud de la obra¹².

Siendo asimismo Altamira un *letraherido*, sus inquietudes literarias se desplegaron principalmente por las décadas de 1880, 1890 y primeros años del siglo XX, plasmándose en una multitud de artículos, varias docenas de relatos y dos valiosas novelas –*Fatalidad y Reposo*–, con las que ensayó un estilo introspectivo, libre de retoricismos e intensamente intelectual que lo acerca a J. Martínez Ruiz y Pío Baroja. De todo ello se hará eco Joan Maragall, al referirse a la *musicalidad* de esta nueva escritura, compartida por los tres autores y ajena a las asperezas al uso en la España de aquella centuria. Una escritura suave, fluida (donde las ideas y los sentimientos no colisionen) y en la que, notifica, sobresale en buena medida Clarín.¹³ Leopoldo Alas, otro de los maestros del joven Altamira, según lo avalan numerosas páginas de *El realismo y la literatura contemporánea*, conforme irá viendo el lector en esta introducción¹⁴.

De todas maneras, ese fervor por la *literatura amena* –en expresión tan de aquellos días– irá menguando poco a poco ante otros intereses intelectuales. La docencia, la investigación

12. J. M. Martínez Cachero, «Epistolario Rafael Altamira-Miguel de Unamuno (1896-1934)», *Salina*, n.º 15, noviembre de 2001, p. 282. (Carta remitida desde Oviedo el 4 de noviembre de 1898).

13. Joan Maragall, «La joven escuela castellana», *Obres completes*, vol. II, Selecta, Barcelona, pp. 149 y 151. (Artículo aparecido en *Diario de Barcelona*, 28 de febrero de 1901). Más adelante retomaremos esta preocupación compartida por Altamira, Alas y Maragall, al hablar de la reacción –poco atinada– de numerosos escritores españoles del XIX ante la influencia, entre nosotros, de la cultura y la lengua francesa. Una preocupación compartida, asimismo, por el periodista y literato barcelonés Luis Carreras Lastortras quien en 1884 –conforme apunta Altamira en *El realismo y la literatura contemporánea*, p. 330– había ya meditado sobre este asunto en los ocho artículos que, bajo el epígrafe de «La prosa y los prosistas contemporáneos en Madrid», publicó en el semanario barcelonés *La Ilustración*, entre el 13 de enero de 1884 y el 13 de julio del mismo año. (Toda la paginación que, a partir de ahora, hagamos de *El realismo y la literatura contemporánea* pertenece a nuestra edición, cuyo título además se abreviará con las siglas *RLC*).

14. Es consciente el joven Altamira que se impone una reforma de la lengua literaria castellana, abogando en particular por una «dulzura» en la expresión que descarte «la afectación, la bambolla, el lujo de palabras, o la copia servil de modelos antiguos». Y menciona también, como buen ejemplo de ello, a L. Alas, según deja escrito en *RLC*, p. 330. Tratamos esta cuestión, y de manera mucho más amplia, en pp. 78-81 de la presente introducción

historiográfica, la jurisprudencia o los diferentes cargos políticos que desempeñó Altamira en el curso de su vida lo alejan de la escritura narrativa, a punto ya de cerrarse la primera década del siglo XX, aun cuando –según notifica M. Ángeles Ayala– su intención fuera, en lo posible, proseguir con los menesteres críticos¹⁵. Existen varias cartas inéditas de nuestro autor a Ramón D. Perés (colaborador suyo en la *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas*) que dan fe de ese cambio de rumbo intelectual, pesaroso y, a la par, lúcido, por expresarlo en términos de la propia profesora Ayala¹⁶. En una de ellas, escrita el 4 de abril de 1908, le confiesa al crítico barcelonés que «La Historia me tiene cada vez más cogido y ya seré de ella toda mi vida, aunque lo otro [la literatura] me atraiga muchísimo»¹⁷. El mismo R. D. Perés señalará poco después que, muy activo Altamira en favor de la «crítica militante» –junto a E. Pardo Bazán, Clarín o J. Yxart–, se involucraría con el nuevo siglo en «otros estudios más reposados»¹⁸. En resumen, y en cita ahora de Nicolau d'Olwer –con quien compartió exilio mexicano– nuestro autor «és tot d'una peça, pedagog, historiador i jurista» pero posee, además, «l'ampla curiositat de l'humaniste que s'interessa per la filosofia, per l'art, per la literatura –a la qual donà la seva contribució activa de contes i novel·les».¹⁹

-
15. Altamira «se despide de la literatura de forma parcial, pues señala su intención de continuar la labor crítica a pesar de renunciar a la creación, fórmula que le permitiría no romper el vínculo con su frustrada vocación literaria» (M.^a de los Ángeles Ayala, «*Cartas de hombres (1927-1941): reflexiones íntimas*», en *Rafael Altamira: historia, literatura y derecho. Actas del Congreso Internacional celebrado en la Universidad de Alicante, del 10 al 13 de diciembre de 2003*, E. Rubio Cremades y Eva M.^a Valero Juan, eds., Universidad de Alicante, 2004, p. 98).
16. «Altamira abandona la literatura con tristeza, sentimiento que no emana de la desilusión o de una vanidad no satisfecha, sino por ser plenamente consciente de que se cierra una etapa importante de su vida» (M.^a de los Ángeles Ayala, «Introducción», en Rafael Altamira, *Cuentos de Levante y otros relatos breves*, Fundación Rafael Altamira, Alicante, 1998, p. 29).
17. Carta autógrafa perteneciente al archivo de los herederos de R. D. Perés y que forma parte del epistolario (inédito) entre Altamira y este crítico.
18. Ramón D. Perés, «La literatura española en el siglo XIX y comienzos del XX», en Varios Autores, *Historia del mundo en la edad moderna*, vol. XXII, E. Ibarra y Rodríguez, ed., Barcelona, R. Sopena, 1918, p. 218.
19. Lluís Nicolau d'Olwer, «Rafael Altamira, alacantí internacional», *Caliu*, Selecta, Barcelona, 1973², p. 176. La primera edición de este libro salió en la ciudad de México, en 1958, y al amparo del Institut d'Estudis Catalans.